

# Un amuleto literario

Ariel González Jiménez

¿Encontraríamos a la Maga 50 años después? El parafraseo interrogativo del inicio de *Rayuela* sirve para constatar que pasadas todas estas décadas la novela sin principio ni final, la obra que como botella al mar fluye en el extenso oleaje o se hunde en los fondos marinos e inicia otra travesía o llega por fin a alguna costa, sigue manteniendo su asombrosa frescura. Los lectores, puestos en “pie de igualdad” con el escritor para construir diversas posibilidades de lectura-reescritura, como lo planteó Julio Cortázar, siguen sintiendo página a página que el encuentro no termina: “andábamos sin buscarnos pero sabiendo que andábamos para encontrarnos”.

El celebrado Roberto Bolaño escribió: “Mi generación, de más está decirlo, se enamoró de *Rayuela*, porque eso era lo justo y lo necesario y lo que nos salvaba...”. Su generación es la de los nacidos diez años antes de la publicación de esta novela, pero los nacidos en 1963, el año de su edición, podemos decir lo mismo por razones incluso más emblemáticas: se trata de una suerte de amuleto literario que adquirimos sin darnos cuenta. En la mayoría de los casos la descubrimos hacia los veinte y, como hemos crecido con ella, seguimos jugando con sus propuestas y haciendo de su puzle infinito un signo de nuestras vidas.

Cortázar sabía lo que hacía, aunque quizá no midió del todo su repercusión. “Será, me temo, bastante ilegible —escribe en 1958, en una carta a Jean Bernabé—; quiero decir que no será lo que suele entenderse por

novela, sino una especie de resumen de muchos deseos, de muchas nociones, de muchas esperanzas y también, por qué no, de muchos fracasos. Pero todavía no veo con suficiente precisión el punto de ataque, el momento de arranque; siempre es lo más difícil, por lo menos para mí”.

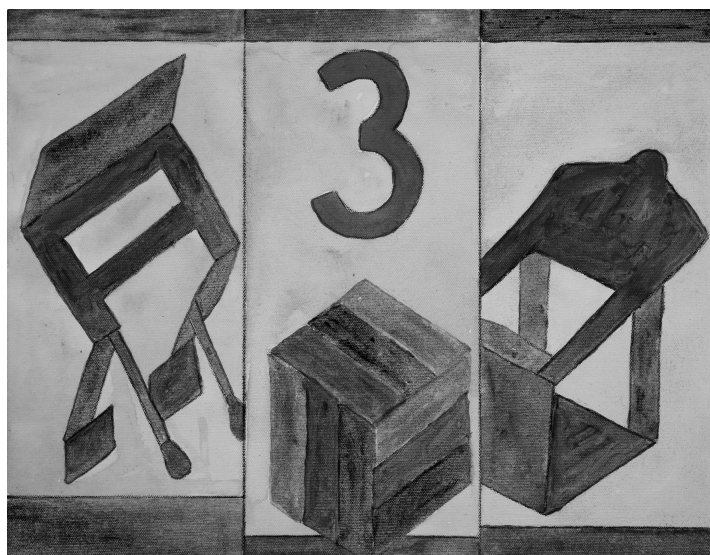
Y en otra misiva todavía más esclarecedora al propio Bernabé, Cortázar muestra la insatisfacción y descontento originales que sirven de motor para su gran proyecto:

“La verdad, la triste o hermosa verdad, es que cada vez me gustan menos las novelas, el arte novelesco tal como se lo practica en estos tiempos. Lo que estoy escribiendo ahora será (si lo termino alguna vez) algo así como una antinovela, la tentativa de romper los moldes en que se petrifica ese género. Yo creo que la novela ‘psicológica’ ha llegado a su término, y que si hemos de seguir escribiendo cosas que valgan la pena, hay que arrancar en otra dirección. El surrealismo marcó en su momento algunos caminos, pero se quedó en la fase pintoresca. Es cierto que no podemos ya prescindir de la psicología, de los personajes explorados minuciosamente; pero la técnica de los Michel Butor y las Nathalie Sarraute me aburren profundamente. Se quedan en la psicología exterior, aunque crean ir muy al fondo”.

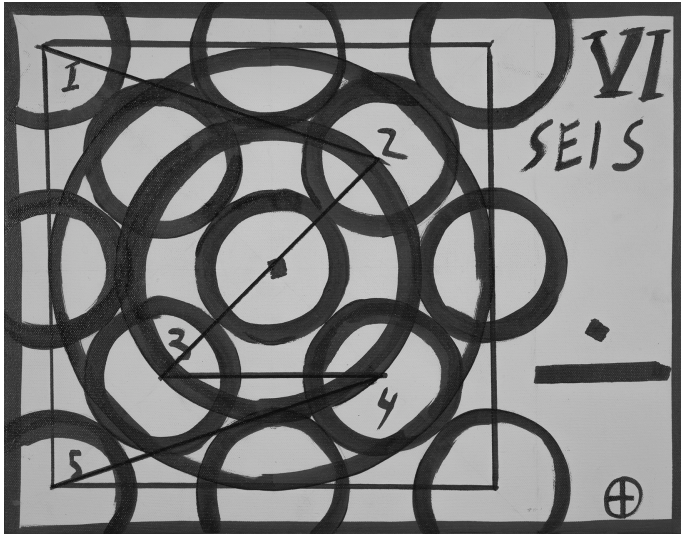
Los nuevos y audaces caminos que viene a marcar *Rayuela* para la novelística latinoamericana (aunque francamente el acotamiento regional es sin duda injusto) siguen abiertos. De tan poco o malamente transita-



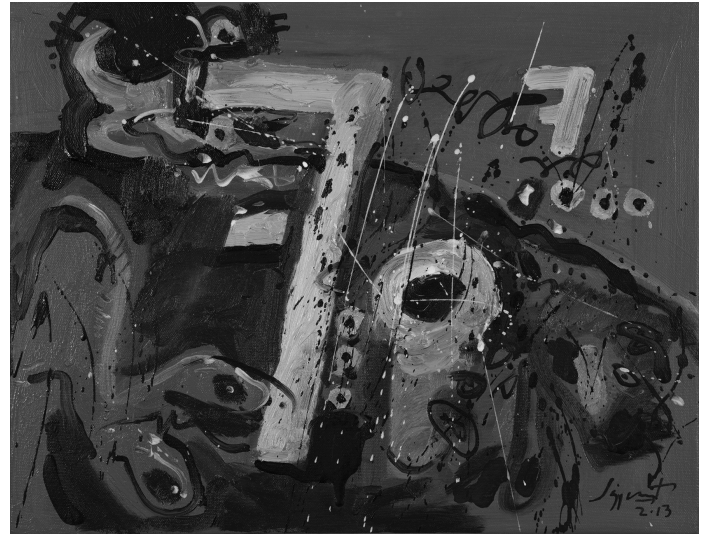
Oscar Gutman, *Uno*, 2013



Manuel Marín, *La Maga tres*, 2013



Alejandro Escalante, *Número 6*, 2013



Jazzmoart, *7 Sax*, 2013

dos tienen aún mucho que ofrecer, especialmente en un panorama donde la novela tiende a marchar por los derroteros temáticos que indican las superventas.

Es hoy precisamente, en medio del constreñimiento de la industria editorial para que se produzca más de lo mismo, donde luce más la plena libertad de una obra como ésta.

Alcanzada la *desestructuración* que se había propuesto, es decir, abandonado el esquema y lógica del autor de cuentos por los que se lo reconocía fundamentalmente, Cortázar explora la piel y entrañas de una escritura que pueda revolotear de aquí para allá, sin los compromisos formales o académicos que tan felices hacen a algunos.

Al final, construyó una caprichosa embarcación cuyos timoneles, si los hay, no quieren ir a ninguna parte; desean ante todo, siempre, solamente navegar. Pero eso sí, con un fondo musical. A cada tanto, *Rayuela* nos muestra su portentoso *soundtrack* a manos de Charlie Parker, *Satchmo*, John Coltrane o Lester Young. Prodigios musicales a la altura de los sentidos y emociones en juego; también a la par de un lenguaje como el glígligo, invención pura de la Maga para poderse entender con Oliveira.

Porque el lenguaje común no basta para jugar el juego de *Rayuela*: “Cuántas palabras —dice Oliveira—, cuántas nomenclaturas para un mismo desconcierto. A veces me convenzo de que la estupidez se llama triángulo, de que ocho por ocho es la locura o un perro. Abrazado a la Maga, esa concreción de nebulosa, pienso que tanto sentido tiene hacer un muñequito con miga de pan como escribir la novela que nunca escribiré o defender con la vida las ideas que redimen a los pueblos”.

Se entiende —lo consigné en otro texto en el que me acerco a los personajes de la novela y que ahora cito ampliamente— que desde *El perseguidor*, ese hermoso relato de ruptura con su patrimonio cuentístico, Cortázar pergeñaba a Oliveira. Allá era Johnny, el músico brillante y atormentado que ronda la autodestrucción a cada paso, el que escéptico del mundo y sus más cons-

picuos representantes, el que reta la seguridad que éstos sienten (“seguros de qué, dime un poco, cuando yo, un pobre diablo con más pestes que el demonio debajo de la piel, tenía bastante para sentir que todo era como una jalea, que todo temblaba alrededor, que no había más que fijarse un poco, sentirse un poco, callarse un poco, para descubrir los agujeros. En la mano, en el diario, en el tiempo, en el aire: todo lleno de agujeros, todo esponja, todo como un colador colándose a sí mismo...”). En *Rayuela* es Oliveira el que se burla de los que todo lo sienten bien, porque él se ha “negado desde temprano a las mentiras colectivas o a la soledad rencorosa del que se pone a estudiar los isótopos radiactivos o la presidencia de Bartolomé Mitre”.

Así, Oliveira anda por la vida buscando sin buscar. Por eso encuentra a la Maga y es por las preguntas de ella que él intenta todas las respuestas. “La Maga —escribió Severo Sarduy— lo ignora todo, su vida es una constante pregunta, su emblema novelístico es el signo de interrogación. Pero esta querencia, como si preguntar fuera la respuesta por excelencia, opera una inversión en su ignorancia. La magia de la Maga, es decir, su esencia, es su sabiduría. En el fondo, todo lo sabe, no intelectual sino mánticamente, no por información sino por intuición”.

Las preguntas de la Maga son la única cosa segura de la que dispone plenamente Oliveira, porque, responda o no, siempre sabe lo duro que es saber. En su cómoda ignorancia están los demás: “Felices los que eligen, los que aceptan ser elegidos, los hermosos héroes, los hermosos santos, los escapistas perfectos”.

El juego de *Rayuela* lleva ya 50 años y creo que lo seguiremos jugando mientras podamos trazar en el suelo algunos saltos y podamos mirar al cielo. Decir que ha pasado mucho tiempo merecería el mismo comentario de la Maga a Gregorovius: “¿A qué le llama tiempos viejos, usted? A mí todo lo que me ha sucedido me ha sucedido ayer, anoche a más tardar”.